

ALBUM SALÓN



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • Rambla de Cataluña, 151, Barcelona • Precio: 4 reales.

Ayuntamiento de Madrid



# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II

BARCELONA, 16 DE AGOSTO DE 1898

NÚM. 24

Director - Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor - jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas (*Clarín*).—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernánflor*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Ka abal*).—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mérida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabriny.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Casañ.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¡NO MAS CALOR!, por XAUDARÓ.



— ¿Usted tiene calor? ¡Nada más sencillo!  
— Claro, tomar un baño...  
— Quíá, nada de eso... Escuche usted...



Búsquese usted una novia así...



Que tenga una mamá como esa y una hermana como la muestra. Cátese usted...

## OBRAS PARA PIANO DEL MTRO. A. L. SALVANS

Tres danzas españolas.	Ptas.	3	Tres Mazurkas de Salón.	Ptas.	2
Scherzo Fantástico.	"	3	Primer capricho de Concierto.	"	1'50
¡Souviens-toi!	"	2'50	Minueto de la primera Sonata.	"	1
Vals - capricho.	"	1'50	¡Sola en el mundo! célebre polka.	"	2
A los toros (Gran éxito); paso doble militar.	"	1	La Alhambra, poema sinfonía para orquesta.		

Se hallan de venta en este Centro Editorial Artístico. —\*— Para los Sres. Suscriptores, rebaja de 25 por 100 del precio marcado.



## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Edición la más moderna, lujosa y económica.

## UN REAL CUADERNO

Tirada especial para los Cervantistas, de cien únicos ejemplares numerados, en papel superior; al precio de 75 ptas.

Se reciben encargos para los pocos ejemplares disponibles.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO

DE

**MIGUEL SEGUI**

151, Rambla de Cataluña, 151

BARCELONA

## TORRE DEL BARÓ



¡NO MAS CALOR!, por XAUDARÓ.



Tenga usted luego una prole *comme ça...*



Su poquito de reuma gotoso...



¡Y ya está usted fresco para toda la vida!

## INTERESANTE A LAS SEÑORAS

Por medio de un procedimiento completamente inofensivo, se extrae instantáneamente y con toda su raíz el vello del rostro ó de los brazos, sin que quede ni el más pequeño rastro de haber existido.

Lo que se aplica para ello, á la vez que **no es depilatorio**, es tan higiénico y favorable para el cutis, que éste lo deja fresco, limpio y hasta lo hermosea.

Este sin rival procedimiento es aplicado por su inventora

✧ TERESA GARCIA MARTINEZ ✧

por cuyo motivo las señoras que lo deseen, pueden, sin reparo y con toda satisfacción, dirigirse á ésta su casa,

✧ Calle de Colón, núm. 8, bajo. ✧ VALENCIA ✧

## JUAN B.<sup>TA</sup> PUJOL & C.<sup>A</sup> EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 - BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS E INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA

REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en París, Bruselas, Berlin, Leipzig,

Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS ✧ EXPEDICIONES DIARIAS



# JABON DE BABA DE TORO **¡¡PRODIGIOSO Y VALIOSO DESCUBRIMIENTO!!**

Destruye las manchas y barros — Hermosea y suaviza el cutis. — Gran Vigorizador de los órganos. — Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. — Representante en España,

**D. EMILIO MARTINEZ**

CALLE DE ARAGON, NÚMERO 345 **BARCELONA**

De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.

**¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!**

## COMPañÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.* — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Línea de Filipinas.* Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

*Línea de Buenos Aires.* — Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Línea de Fernando Póo.* — Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

*SERVICIO DE AFRICA. Línea de Marruecos.* — Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tánger.* — El vapor *Joaquín del Piñero*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE** — La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Para más informes: En Barcelona la Compañía Trasatlántica y los Sres. Ripoll y C.<sup>a</sup> — Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica — Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica. — Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.<sup>a</sup> — Coruña: D. E. Guarda. — Vigo: E. Antonio López Neira. — Cartagena: Sres. Bosch hermanos. — Valencia: Sres. Dart y C.<sup>a</sup> — Málaga: D. Antonio Duarte.



**LA MARAVILLA**  
IMPIDE LA CAIDA DEL CABELLO

Agua sin rival, preparada por J. Martra; es inofensiva, refrescante; cura la caspa y hace restablecer á los cabellos blancos su primitivo color, sean castaño oscuro ó negro. Basta aplicarlo con un cepillo unos 10 días consecutivos antes de peinarse. No tiene Nitrato de plata y puede rizarse enseguida.

*Nota: El agua sobrante no devolverla á la botella.*

**PRECIO 4 PESETAS**

De venta en todas las principales perfumerías y peluquerías

Encargos: Bailén, 117, 1.º Salón para peinar señoras.

## OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

**PILDORAS**

de  
**REDUCCION DE MARIENBAD**

Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

Historia del general

**DON JUAN PRIM**

por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale Un real, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.

## ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del DR. KUNTZ es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Éxito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2, Barcelona, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS



**PIANOS**

FORTUNY 3 BARCELONA  
PIANOS DE COLA Y VERTICALES  
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO  
ESTILO NORO AMERICANO  
SE REMITEN CATÁLOGOS



Antes de usarlo.

Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

Aplicación sencilla. \* Resultados positivos.

Precio: 3'50 PESETAS CAJA

Único depósito: Perfumería LAFONT

Call, 30 **BARCELONA**



Después de usado.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO DE

**MIGUEL SEGUÍ**

Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.

**UN REAL CUADERNO**

DE ALEJANDRO DUMAS

Memorias de un médico.

El collar de la reina y Angel Pitou.

DE LUIS DE VAL

Morir para amar ó La muerta enamorada.

La hija de la nieve ó Los amores de una loca.

Sor Celeste ó Las mártires del corazón.

La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.

La lucha por la existencia.

El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.

El calvario de la vida.

¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.

Las hijas abandonadas.

DE F. LUIS OBIOLS

El martirio de un ángel.

Nacer para sufrir. (Historia de una herencia).

Vivir muriendo.

DE SALVADOR CARRERA

La vengadora de su honra.

DE ALVARO CARRILLO

Amor y patria ó La virgen cubana.

DE LORENZO CORIA

Luna de miel.

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



# EL TESTAMENTO

CUENTO REPRESENTABLE

(Lujoso cuarto dormitorio. — El CONDE, incorporado en la cama, descansando la cabeza sobre un montón de almohadas. — Junto a la cama, y sentado frente a un velador, el NOTARIO, tomando notas.)

NOTARIO. — ..... Cien mil pesetas para establecimientos de Beneficencia; cuarenta mil para Ramón, el mayordomo...

CONDE. — ¡Pobre Ramón! Tal vez le parecerá poco; pero hay que tener en cuenta que desde que entró a mi servicio no he cesado de darle dinero y además he protegido a toda su familia. En fin; ponga usted cincuenta en lugar de cuarenta.

NOTARIO. — Muy bien. Veinte mil para la servidumbre, honras fúnebres, etc., etc., y por último, heredero universal su sobrino don Rafael de Acuña y Peñablanca. ¿No es eso?

CONDE. — Sí, señor; le nombro mi heredero porque, desde que le amparé, cuando quedó huérfano, antes de cumplir los ocho años, siempre ha vivido conmigo. ¡Pobrecillo! Le quiero más que si fuese hijo mío. Yo le he dado carrera, honores, distinciones. Yo le he hecho un hombre digno y honrado. Cuando él lo dispuso, contrajo matrimonio; después, el cielo le concedió descendencia, y yo, que desgraciadamente no he tenido hijos, he sido para los suyos más que un tío vulgar, un modelo de abuelos cariñosos; pero, la verdad, no me arrepiento porque sé que me quiere más que a sus hijos y que a su misma esposa.

NOTARIO. — Siendo así, apruebo ese nombramiento, porque según se desprende, su sobrino no peca de desagradecido, y la gratitud es una moneda falsificada tantas veces y de tan diversos modos, que ya no se admite en ninguna parte.

CONDE. — Verdaderamente; pero, a Dios gracias, eso no reza con Rafael.

NOTARIO. — Tanto mejor. ¿Tiene usted que hacerme alguna nueva observación?

CONDE. — Ninguna.

NOTARIO. — Entonces, con su permiso me retiro. Hoy mismo quedará redactado el testamento, y mañana vendré con los testigos para firmarlo.

CONDE. — Muchas gracias. (Toca un timbre y entra RAMÓN). Acompaña a don Cosme, y vuelve en seguida.

RAMÓN. — ¿Qué desea el señor? (Después de haber acompañado al NOTARIO).

CONDE. — ¿Han vuelto mis sobrinos?

RAMÓN. — Todavía no. Por lo visto los funerales de la señora duquesa son interminables.

CONDE. — Y los niños ¿dónde están?

RAMÓN. — Allá, en el cuarto de las muñecas, representando comedias. La niña se ha puesto una falda de su mamá y el niño se ha escondido dentro de un gabán de su papá. Si los oyese usted, se moría de risa.

CONDE. — Diles que vengan.

RAMÓN. — Le van a usted a marear...

CONDE. — No; aunque estoy débil, tengo la cabeza firme.

RAMÓN. — ¡Pero!...

CONDE. — ¡Anda, dame ese gusto!...

(Vase RAMÓN, volviendo en seguida con ROSITA, niña de nueve años, y PEPITO, de siete).

RAMÓN. — Aquí los tiene usted. Vamos, niños, dad los días al tío, que os quiere mucho.

ROSITA. — ¡No es verdad!...

PEPITO. — ¡Mentira!...

CONDE. — ¡Cómo! ¿no queréis darme un beso?

ROSITA. — No; porque desde que estás enfermo no nos has comprado nada.

RAMÓN. — Pues si le dais muchos besos y representáis aquí la comedia, yo sé que os regalaré muchas cosas.

Los dos. — ¿De veras?

CONDE. — Sí; os compraré todo lo que pidáis.

PEPITO. — ¿Todo? Pues yo quiero un tambor, un teatro y una bicicleta.

ROSITA. — Yo una casa de muñecas, y muchos, muchísimos bebés...

CONDE. — Pues esta misma tarde saldréis con Ramón y os comprará todo lo que habéis pedido.





PEPITO. — (¡Si yo lo sé, pido más!) (*Aparte á ROSITA*).  
 ROSITA. — (Anda, pide; no seas tonto...)  
 PEPITO. — (Deja que antes nos compren lo que nos han ofrecido...)  
 RAMÓN. — Pero ya sabéis lo que os cuesta: primero, muchos besos y después la comedia.  
 ROSITA. — Ahora mismo. (*Se acercan los dos á la cama y besan con efusión al CONDE*).  
 RAMÓN. — Ea; basta de besos y á representar en seguida.  
 ROSITA. — Pero tú también tienes que representar con nosotros.  
 RAMÓN. — Yo no tengo papel en vuestras comedias...  
 ROSITA. — ¿Que no? Ya lo verás. Vamos, pues; empecemos. ¿Quieres, Pepito?  
 PEPITO. — Sí, sí; pero con mucha formalidad ¿sabes?  
 ROSITA. — Bueno. Pues siéntate aquí. Esta butaca y este velador serían el despacho de papá. Tú estabas leyendo papelotes. Yo venía de la calle muy sofocada y me dejaba caer en esta silla, diciendo: ¡Vengo avergonzada, horrorizada, escandalizada!... — Ahora tú, Pepito, levantabas asustado la cabeza y decías...  
 PEPITO. — Sí, ya lo sé: cállate. (*Representando*). — ¿Qué te pasa, mujer?  
 ROSITA. — Está visto: yo no puedo, no debo, no quiero visitar á nadie; porque al volver á esta casucha me dan ganas de suicidarme.  
 PEPITO. ¡Qué horror!  
 ROSITA. — ¡Si vieras qué casa tienen las de Palosecol... ¡Y las de Ronquillo!... ¡Pues no hablemos de las de Cabezón!... ¡Qué salones!... ¡Qué gabinetes!... ¡Qué comedor!... ¡Qué elegancia!... ¡Qué suntuosidad!... Al lado de tanto gusto y de riqueza tanta, nuestra casa resulta una pocilga, una choza.  
 PEPITO. — No tanto, mujer. Claro que nuestra casa no es el Palacio Real, pero aun no hace cuatro años se renovó todo gastándonos sólo en muebles más de treinta mil pesetas.  
 ROSITA. — ¿Pero me negarás que ya están pasados de moda? Además, aquí no se hacen obras. Nuestros salones y nuestro comedor son pequeños, bajos de techo; nuestra escalera apenas tendrá tres metros de ancho; nuestra portería parece una gruta... En fin, aquí todo es malo, viejo y raquítico.  
 PEPITO. — Pues, hija mía, no hay más remedio que aguantarse. Mientras viva el *ogro*, no quiero hablarle de renovaciones ni hacerle gastar más dinero, porque bastante explotamos su cariño. Cuando él se muera, entonces viviremos á lo príncipe.  
 ROSITA. — ¡Dichoso *ogro*, bien podía morir se pronto! mañana mismo.  
 PEPITO. — Mujer, no digas barbaridades: déjale que viva.  
 ROSITA. — Claro, tú siempre le defiendes; aunque no puedas tragarle, pero ten entendido que el mejor día me voy de esta casa para no volver jamás á pisarla.  
 PEPITO. — Bien; dejemos esa cuestión.  
 ROSITA. — Justo: no sabes decir otra cosa. Naturalmente, como no me quieres, no te importa que sufra y me desespere. Dios mío, ¡qué desgraciada soy! La rabia me ahoga... ¡Agua, agua!...  
 PEPITO. — ¡Ramón!... ¡Ramón!... (*Levantándose y llamando*).  
 RAMÓN. — ¿Ahora entro yo?  
 ROSITA. — Sí, ahora entras tú, y al verme desmayada, dices: — ¿Qué ocurre? — Y Pepito contesta...  
 PEPITO. — No me apuntes, ya lo sé... (*Representando*). Nada, lo de todos los días. Hablábamos del *ogro*, y ya lo sabes, siempre que hablamos de él, le da la patata.  
 ROSITA. — (A RAMÓN). Ahora tú dices: — Tenga usted calma, señorita, porque afortunadamente el *ogro* está enfermo y es fácil que esta vez se las lle. — Yo vuelvo en mí y exclamo: ¡Cuándo llegará ese día!... — Y tú contestas: — Pronto. Yo también, Dios me perdone, deseo que se vaya cuanto antes, porque cuando él se muera, con el dinero que me deje, compraré la mitad de mi pueblo y me convertiré en una especie de rey...  
 RAMÓN. — ¡Pero yo no he dicho nunca eso! (*Incomodado*).  
 ROSITA. — ¿Cómo que no? Ayer mismo lo dijiste, cuando papá y mamá regañaban.  
 RAMÓN. — ¿Yo?  
 PEPITO. — Sí, sí. Lo sostengo delante de cualquiera... ¡Rabia, rabia!...  
 RAMÓN. — Bueno, bueno; ¡basta ya de comedias!

CONDE. — Muy bien, niños, muy bien. ¡Bravo, bravo! (*Aplaudiendo*).  
 ROSITA. — (*Dejando de representar y acercándose á la cama*). ¿Qué tal, tío; te ha gustado?  
 CONDE. — Muchísimo. Pero oye: ¿quién es ese *ogro* que tanto nombráis?  
 ROSITA. — No lo sé. ¿Le conoces tú?  
 CONDE. — No; pero aseguraría que se parece muchísimo á un íntimo amigo mío.  
 PEPITO. — ¡Maldito *ogro*!... Estoy deseando que se muera...  
 ROSITA. — Yo también, porque entonces daremos *soirées*, *thés*...  
 PEPITO. — Y tendremos muchos coches, muchos caballos...  
 ROSITA. — Calla, no chilles; porque ya sabes que papá dijo ayer que si el *ogro* llegaba á enterarse de nuestros proyectos, sería capaz de hacer lo mismo que ha hecho ese inglés que viene en *La Ilustración*.  
 CONDE. — ¿Pues qué ha hecho ese inglés?  
 ROSITA. — Una cosa muy graciosa. Pepito y yo lo hemos leído esta mañana. ¿Quieres que te lo cuente?  
 CONDE. — Bien, cuéntamelo.  
 PEPITO. ¡Verás qué bonito es!...  
 ROSITA. — Pues, señor, éste era un Mister que hizo testamento, legando toda su fortuna á unos sobrinos, únicos parientes que le quedaban; pero un día, yo no sé cómo, descubrió que sus sobrinos pedían constantemente á Dios que el tío se muriese pronto, para recoger cuanto antes la herencia. Después el inglés estuvo muy enfermo, y los sobrinos lejos de cuidarle, le dejaban morir como un perro. Por fin se puso bueno; y entonces, en venganza, desheredó á sus sobrinos y desengañado del mundo se fué á vivir á unas islas lejos, muy lejos, y allí fundó una población ¿de qué dirías? ¡De perros y gatos! Para el servicio de esos animalitos ha contratado cincuenta criados, y además tiene varios agentes que se encargan de recoger todos los perros y gatos que andan perdidos por las calles de las principales ciudades del mundo, y los mandan á esa isla... ¿Verdad que es gracioso? Ah, se me olvidaba: también dice que muchas personas ricas mandan de todas partes dinero á ese inglés para que prospere la isla Chatchien... ¿Te ha hecho gracia, tío?  
 CONDE. — Muchísima.  
 ROSITA. ¿Quieres leerlo y así verás el retrato de ese Mister, que se llama Jorge Betún? Voy á traerte *La Ilustración*. (*ROSITA sale un momento y vuelve á entrar trayendo un periódico ilustrado*). Aquí está.  
 CONDE. — Bueno, ahora lo leeré.  
 RAMÓN. — Vamos, niños; no mareemos más al tío. Id a vestiros y saldremos en seguida á comprar los juguetes.  
 PEPITO. — ¡A vestiros, á vestiros!  
 ROSITA. — ¡Qué alegría!... Tener una casa de muñecas y muchos *bebés*... (*Vase corriendo, lo mismo que Pepito*).  
 RAMÓN. — (AL CONDE). ¿Desea algo más el señor?  
 CONDE. — Sí, quiero que vayas inmediatamente á casa de don Cosme, y dile que necesito hablar con él sin pérdida de tiempo.  
 RAMÓN. Está muy bien. (*Vase RAMÓN. El CONDE queda un momento pensativo y luego lee con avidez el periódico que trajo ROSITA. Transcurrida media hora, llega el NOTARIO, quien al ver abismado al CONDE, pregunta*):  
 NOTARIO. — ¿Se ha puesto usted peor?  
 CONDE. — No: le llamo con tanta urgencia porque deseo hacer algunas modificaciones en mi testamento... Suprima usted el legado de Ramón; borre usted el nombre de mi sobrino como heredero universal, y substitúyalo usted por el de Mister Jorge Betún, fundador de la isla Chatchien.  
 NOTARIO. — ¿Eh? (*Lleno de asombro*).  
 CONDE. — (*Entregándole La Ilustración*). En este periódico encontrará usted cuantos detalles puedan convenirle acerca de la vida y residencia de mi nuevo heredero.  
 NOTARIO. — Pero, señor Conde, ¿está usted soñando?...  
 CONDE. — No, don Cosme. Hace dos horas, cuando dicté el testamento, estaba dormido profundamente; pero después la inocencia se ha encargado de abrirme los ojos, y ahora estoy despierto, completamente despierto.  
 NOTARIO. — ¿Tal vez algún desengaño?  
 CONDE. — En efecto: he descubierto una nueva falsificación de la gratitud!...

FERNANDO SERRAT Y WEYLER





## EL CAMAFEO

MIENTRAS corrió su primera juventud, Antón Carranza se creyó nacido y predestinado para el arte. El arte le atraía como el acero al imán, y le fascinaba como el espejuelo á la alondra. Donde sus ojos encontraban una línea elegante, una forma bella, un tono de color intenso y original, allí se quedaban cautivos, en éxtasis de admiración, mientras luchaban en su alma noble, pena de no haber sido el creador de aquella



hermosura, y una ilusión arrogante de llegar á producirla mayor, más original y poderosa, por medio del estudio y el trabajo.

Años y desengaños necesitó para adquirir el triste convencimiento de que carecía de inspiración, de genio artístico. Sus tentativas fueron reiteradas, insistentes, infructuosas. Crispáronse en vano sus dedos alrededor del pincel, de la gubia, del palillo, del buril, del barro húmedo. Si no podía ser pintor ni escultor, á lo menos quería descolgar como adornista, como grabador, como tallista; por último, desesperanzado ya, intentó resucitar los primores de orfebrería de Benvenuto Cellini; y si bien por cuenta propia no hizo nada digno de eterno loor, con la joyería, su vocación artística desalentada, se convirtió en provechosa especulación industrial: se asoció á un joyero de fama, montó el taller á gran altura y se dedicó á negociar, escondiendo la incurable herida de su ardiente aspiración y de sus mil fracasos.

El joyero que recibió de socio á Antón Carranza tenía una hija, cuyo enlace con el artista fué base de la nueva razón social. Luisa, la esposa de Carranza, no era bonita, ni aun agraciada: la desfiguraban, su tez amarillenta, sus facciones angulosas y una cojera muy visible. Carranza, con todo, aceptó el trato sin repugnancia alguna; su futura le inspiraba, á falta de sentimientos más vehementes, simpatía y cariño. Como suele suceder á los hombres excesivamente poseídos de la fiebre artística, desconocía Carranza otras pasiones; la mujer era para él una necesidad momentánea, y el matrimonio, una prudente garantía de paz y de afecto. Casóse, pues, satisfecho y tranquilo, y se condujo como un marido bueno y leal.

Rico y en situación de satisfacer sus caprichos, Carranza rebuscó y adquirió preciosidades; ya que no acertaba á modelar estatuas, las hizo desenterrar en Nápoles y Grecia, y pudo colocar en su despacho-taller un lindo *Fauno*, una curiosa *Belona* policromada, encanto de los arqueólogos, y varios fragmentos de mérito é interés.

Conocida su afición, presentáronle los vendedores, medallas de relevado cuño y piedras grabadas, y entre varios ejemplares que no rebasaban del límite de lo usual y corriente, la lúcida ojeada del artista malogrado, descubrió un camafeo griego que desde luego reconoció y disputó por pieza única tal vez en el mundo. Ni el famoso contemporáneo de Alejandro, que representa á Psíquis y el Amor; ni la Venus marina, de Glicón; ni la célebre sardónica de la galería Farnesio, podían eclipsar á aquel sencillito camafeo, que sólo ostentaba una cabeza de mujer, ó mejor dicho, de diosa. La ignorancia relativa del traficante cedió la divinidad á Carranza por un precio irrisorio, atendida la importancia del camafeo, y Antón Carranza, dueño del inestimable tesoro, lo guardó con transporte en una caja de malaquita y pedrería, de donde lo sacaba mañana, tarde y noche, para contemplarlo á su sabor.

¡Qué sobriedad y pureza de líneas, qué misteriosa vida respiraba aquella cabeza! Cuatro rasgos, unos planos que apenas se indican, unas superpuestas capas de ágata que se matizan insensiblemente y una obra maestra, digna de conservar un nombre al través de los siglos, una obra que fija y encarna la idea de una beldad sublime. ¿Por qué no había acertado jamás él, Antón Carranza, á concebir nada que se asemejase á aquel camafeo prodigioso? Una obra así bastaría para hacerle feliz toda la vida, colmando su anhelo y realizando su destino...; y nunca, nunca de sus dedos torpes y su estéril fantasía había de brotar algo que se pareciese al camafeo!

Su entusiasmo por la piedra adquirió carácter extraño y enfermizo.

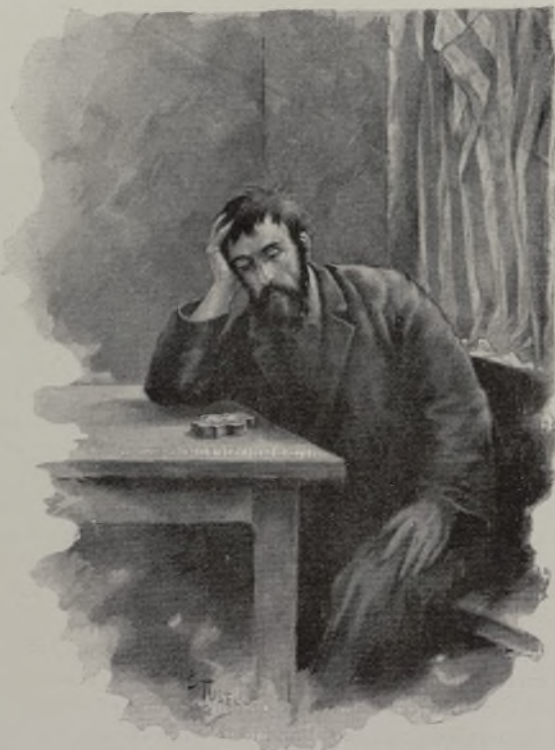
Con fijeza más propia de la perturbación mental que de la cordura, pasábase Carranza horas enteras, mirando el portento y tratando de explicarse qué secreta fuerza, qué rayo luminoso llevaba en sí el desconocido que hacía tantos siglos produjo aquel encanto. Quizás ni él mismo sospechó el valor de la huella genial que imprimió en la dura ágata su diestra paciente y firme. Quizás, alguna joven de Mitilene ó de Samos, lució en el anular ó colgó á su garganta el camafeo, sin conocer que poseía una riqueza ideal. Ni los que lo habían desenterrado y vendido ahora, en el siglo XIX, comprendieron lo que tenían entre manos. El primer verdadero poseedor de la joya, era Antón Carranza... Y en arrebatado nervioso de desordenada pasión, Carranza pegaba los labios al camafeo, lo estrechaba contra su pecho, queriendo incrustarlo en él, adherirlo á su carne...

Notó por fin Luisa, y notaron todos los de la casa, dependientes y amigos, clientes y corresponsales, alarmantes síntomas en Antonio; y los que le veían de cerca se asustaron de su afición á la soledad, su hábito ya adquirido de encerrarse á deshora, su silencio en la mesa, y le tuvieron por maniático, opinando que los intereses comerciales de la sociedad peligraban en su poder. Era para Luisa doblemente triste que se hubiese anublado la razón de su esposo, ahora que, cumplidos sus más dulces deseos, se sentía en cinta y soñaba en el momento inefable de estrechar á la criatura que esperaba... Consultado el médico acerca del estado de Carranza, y habiéndole observado despacio, con persistencia y disimulo, su fallo fué terrible: tratábase de un caso de monomanía tenaz, acompañada de graves desórdenes en las funciones del hígado y del corazón; y para salvar la razón y acaso la vida del enfermo, era preciso encerrarle sin tardanza en una casa de salud, sujetándole á un método riguroso.

No hubo más remedio que acceder, y Carranza, una mañana, fué conducido al triste asilo donde, separado de los que le amaban, iba á verse abandonado del mundo... Con peregrina indiferencia se dejó llevar el maniático; tenía consigo el camafeo, y nada más necesitaba para ser dichoso en las regiones de sus delirios. Luisa iba á verle con frecuencia; pero se interrumpieron sus visitas cuando llegó el esperado trance; el nacimiento de una niña puso su existencia en peligro, dejándola semi parálitica y sujeta á ataques dolorosos, que transcurrió largo tiempo sin que pudiese ver al pobre recluso. Decía el médico que Carranza mejoraba y pronto saldría de su encierro; pero corrían meses y años y no llegaba el momento feliz.

Luisa, que amaba á su marido tiernamente, no tenía otro consuelo sino ver desarrollarse á su hija, y envanecerse de su sorprendente hermosura. La niña, en efecto, era una perla. No se parecía á su madre ni á su padre: ni el más mínimo rasgo de sus facciones recordaba á los que la habían dado el sér. Las líneas de su rostro, puras y correctísimas, desesperarían á un escultor, por su incopiable elegancia y delicadeza; y los rizos que se agrupaban sobre su frente y caían sobre su cuello torneado, tenían una colocación graciosa y noble, como sólo la obtiene el arte.

Un día, Luisa, sintiéndose algo aliviada, se metió en un coche con su hija y se apeó á la puerta del asilo. Al penetrar en la habitación que ocupaba su esposo, al mirarle, exhaló un grito de terror y pena: pálido, demacrado, con la mirada fija, Carranza contemplaba un objeto, y de esta contemplación nada podía distraerle: era el camafeo... y siempre el camafeo. Luisa comprendió con espanto que el enfermo no la reconocía, y herida en el alma, guiada por su instinto de madre presentó, elevó en alto á la niña. Carranza dejó caer sobre ella una mirada indiferente; de súbito, sus ojos se animaron, brillaron, recobraron la luz de la inteligencia y del



amor; sus brazos se abrieron, sus dedos soltaron el camafeo mágico y fatal, sus lágrimas brotaron, y, como el que se despierta, corrió hacia su mujer y su hija... Acababa de advertir que la faz de la niña era la misma faz de la diosa grabada en la piedra dura... y comprendía que, sin saberlo, había prestado sér y realidad, carne y hueso, á una belleza soberana!

EMILIA PARDO BAZÁN



## LA CONCHA DE SAN SEBASTIAN

No se trata de una mujer, nada de esto; aunque lleve nombre de tal. Hago la salvedad, por si alguno que la desconoce creyera hallar en ella cierta analogía con... la Dolores de Calatayud, verbigracia. A bien que difícilmente ocurrirá ese caso; si popular y renombrada es la una, no le va en zaga la otra. Antes de que el malogrado Feliu y Codina, con su galana pluma, y Bretón, con su inspirada música, idealizaran á la maritornes aragonesa, la moda había pregonado las excelencias de la famosa playa vascongada.

Conste, pues, que la Concha á que me refiero, no tiene de mujer sino el nombre; nombre muy bonito, por cierto, y al que en mis buenos tiempos profesé gran veneración; cosa que importará poco á mis lectores, por lo cual callo el motivo.

Para todo se necesita suerte en este pícaro mundo; con ser tan extensa la playa que limita nuestra península, un pedazo exiguo de ella logró avasallar á la restante,

que contempla envidiosa la preferencia de que hacen objeto á su diminuta rival los españoles de cierta categoría, precisamente aquellos que dan el tono en cuestión tan importante. Y está visto, que la fortuna ha querido favorecer á la pequeña playa, en perjuicio de las demás; hoy, ninguna persona de arraigo... y posibles se acuerda de que exista otro mar que el de la Concha, ni otro punto veraniego que San Sebastián. Hablando francamente y sin pasión, les alabo el gusto, con permiso de las perjudicadas: como yo pudiera, — léase si lo permitiera mi bolsillo, — seguiría esa emigración hacia el Norte, para recrearme en *dolce far niente* durante un par de meses, y compartir con sus habituales parroquianos las delicias de aquel anticipado paraíso. Porque, no admito discusión, se está allí á las mil maravillas; sobre todo, desde que así se dispuso de R. O.: quiero significar desde que la Corona se fincó en aquella amena orilla y el niño Rey se entrega á las diversiones propias de la edad, en sus salutíferas arenas. La temporada es corta; pero de provecho. ¡Como que sin moverse de la playa, disfruta uno del espectáculo más variado y pintoresco que cabe imaginar! Yo sé decir de mí, que me pasaba las horas muertas, embobado en la muda contemplación de tanta hermosura como pululaba en torno mío. Aludo á la de las mujeres, por supuesto. ¡Qué bonitas todas! Al menos, todas me lo parecían, por la elegancia del traje y la distinción de sus maneras, factores extraordinariamente principales en ese hermoso producto de la naturaleza á que los hombres, incluso mi humilde

persona, tenemos loca afición. La mayor parte eran madrileñas, y aristócratas de pura sangre, por añadidura. Claro; San Sebastián, en Agosto y Septiembre, es una pequeña Corte; la



Concha, á determinadas horas del día, hace veces de Prado ó Castellana, y al entrar en el Gran Casino, se respira atmósfera de grandeza, cual en los más espléndidos salones de Madrid.

Abrigo la seguridad de que no volveré á disfrutar otro verano, como el de marras, por varias razones: la primera, y bastará con ella para que me entiendan ustedes, porque un viejecillo de tal naturaleza viene á ser alimento muy pesado para estómagos débiles. Me costó todo un invierno de digestión, ó si se quiere abstinencia. Tras el derroche, la economía forzosa.

Vale la pena de efectuarlo en primera y con alojamiento apalabrado; pero cuesta un ojo de la cara. Viaje de infinito placer á la ida; pero del que muchos vuelven con dolor de costado... y en tercera, á falta de otro medio más económico.

No hablo solamente por mí, que al fin hice el viaje solo... y volví ídem; aludo á indeterminadas familias que sacrifican á la satisfacción de algunas semanas el bienestar del siguiente invierno. La moda, bajo cuyo imperio viven, les lleva, sin poder, á donde van los que pueden, y... naturalmente, el término de la jornada suele estar henchido de amarguras, en forma tangible de acreedores.

Lo cual significa que en San Sebastián, durante la época de fiebre cortesana, no es todo oro lo que reluce... Se me ofreció ocasión de tratar á un alto empleado que

se gastó en un mes el sueldo del año; el que figuraba en nómina, se entiende. Tenía una esposa y unas hijas capaces... de comer patatas los otros once, á trueque de codearse por espacio de treinta días con lo mejorcito de la nación. Y á este tenor, se hallarían docenas de docenas. La vanidad razona poco y mal;... de aquí que los vanidosos se dejen arrastrar por ella, á costa de cualquier sacrificio... veraneando á lo príncipe, á pesar de que en su bolsillo no hay cinco céntimos sobrantes, si por casualidad se les ocurre socorrer á un mendigo. ¡Y á fe que los donostiarras no saben explotar á los forasteros! A ellos me refería antes, cuando, á propósito del viaje, dije que costaba un ojo de la cara. En los momentos de efervescencia, las habitaciones alcanzan precios fabulosos, más altos, si á mano viene, que el valor de la finca. ¡Pues digo, en tocando á ciertos artículos!... No lo repruebo, al contrario; considero natural que hagan su Agosto... y buena parte de Septiembre, fundados en la misma razón

que asistía al posadero del cuento, para cobrar á no sé que rey una cantidad fabulosa, por un par de huevos. — ¿Tanto escasean? — le preguntó el monarca. — No, señor; — respondió el rústico: — los que escasean son los reyes.

Desgraciadamente para los que, próximos á ver agotados los beneficios de la temporada anterior, esperaban cubrirse el riñón en la actual, cabe profetizar que se les aguará la fiesta. Pensando con cordura y según las noticias que nos participa la prensa bien informada, SS. MM. y AA. no se bañarán este año en la Concha; caso de que haya jornada, irán no más á la Granja. ¡Vaya una contrariedad de tomo y lomo para los que ya echaban cuentas sobre ganancias casi seguras! ¡Cómo renegarán de los yankees y de su cacareada visita á nuestros mares! Porque, no yendo allá la Real familia, gran parte de la nobleza brillará por su ausencia, y la población flotante... de oro y de dúblé, disminuirá no poco; resultando la cosecha en expectativa, escasa y de dudosa calidad.

Véase por donde, la Perla del Cantábrico, sin ser plaza fuerte, ni figurar en el programa de los belicosos alardes norteamericanos, experimenta los crueles efectos de un bombardeo moral. ¡Y en qué ocasión! cuando el cielo enviándonos un calor ecuatorial se empeñaba en favorecerla.

¡Verdad es que no necesitamos bañarnos... para estar frescos!

C.



RAMON CASAS



UNA CHULA

*Exposicion V. Robira*

Ayuntamiento de Madrid



## POESÍA Y PROSA



Ella debió comprenderlo así, al ver la emoción que expresaba mi semblante, y me lo agradeció del modo más halagüeño, porque su pie tomó todas las posturas imaginables: irguió su punta como un ave que levanta el pico al cielo, pronta á volar hacia él; la bajó hasta tocar la tabla de mi asiento, como una golondrina que suspendida en el aire se inclina para beber en un arroyo: se recostó graciosamente á uno y otro lado, como desafiándome á que hallasen mis ojos en sus costados la más ligera imperfección; finalmente, hizo

tan provocativas muecas, que hasta parecióme que le oía decir: ¡bésame!

Entonces comenzó el segundo acto de la ópera.

\*\*\*

Si desde el tumulto y fragor de una gran batalla, pasase de repente un hombre sibarita, á un oasis delicioso lleno de frescas enramadas, de aguas cristalinas y de canoras aves, experimentaría ciertamente una impresión voluptuosa y placentera, parecida á la que sentía yo, escuchando la música de *La Sonámbula*. Atronados aún mis oídos con el estrépito de ciertas modernas partituras, saboreaba con delicia aquellas armonías tan suaves, tan puras, tan delicadas. Al oír una ópera de Bellini, siempre me ha sucedido lo propio que al leer *Pablo y Virginia*, ese poema candoroso y sencillo que no tiene igual: me he hallado de súbito rodeado de sombra, de aromas, de árboles y de flores.

En la noche á que me refiero, esta sensación agradable y poética, fué mayor todavía, y se aumentó con yo no sé que elucubraciones, producidas quizás por la proximidad de aquella mujer.

Aquella noche me sentí poeta: recobré toda la fuerza de mi imaginación, gastada ó perdida hacía mucho tiempo, y como en los insomnios de mi juventud, caí en un éxtasis indefinible, en un vértigo delirante, en el que todo se confundía en mi derredor.

Sin perder una nota de la divina música que oía; contemplando al mismo tiempo el pálido y agraciado rostro de aquella mujer, á quien puedo decir que entonces amaba con toda la plenitud de mi alma; absorbiendo, digámoslo así, las miradas que de vez en cuando dejaba caer sobre mi corazón, acompañadas de una sonrisa; deliré un porvenir de

No hace muchos años que una noche me hallaba sentado en el paraíso del teatro Real, oyendo ese amoroso idilio musical, que desde 1831 viene dando la vuelta al mundo, y que se llama *La Sonámbula*.

Acabado que fué el primer acto de la ópera, me recosté en la grada que tenía encima de mí, apoyada la cabeza en la palma de la mano y conmovido aún con el recuerdo de la música que acababa de oír; cuando he aquí que al lado mío, vi asomar por debajo de una falda de seda, un pie de mujer, calzado con una bota de tafilete negro.

Era un pie liliputiense, que golpeaba graciosamente la tabla sobre que se apoyaba, y tan pequeño, tan pequeño, que hubiera podido calzarse el zapatito de la Puerca Cenicienta.

Comprendo la afición hacia esos hermosos cabellos que embellecen á algunas mujeres, más que pudiera hacerlo una magnífica corona, porque ellos demuestran la fuerza de la organización y quizá la del sentimiento. Hallo muy natural que un hombre ame los ojos, espejos del alma; ó la frente, reflejo del pensamiento; ó la boca, que atesora tan dulces prendas de amor, y hasta las manos, que pueden dar tan tiernos apretones; pero delirar por los pies, cómo á mí me sucede, es manía que aun no he acertado á explicarme.

Porque, á la verdad, ¿qué puede decir un pie, que aunque oculto entre seda ó raso, al cabo está oculto? ¡Y sin embargo, á mí me dice tanto! Y como á mí, también debe decir á otros muchos; porque si no, ¿de qué proviene esa coquetería con que las mujeres se calzan; esa predilección con que cuidan sus pies? No creo que lo hagan solamente por agradarme á mí, aunque esto me halagaría sobremanera.

Pigmaleón no pudo animar á su estatua: las mujeres consiguen dar vida á sus pies; bien es verdad, que las mujeres son muy grandes artistas.

Ved sino esas tentaciones que se deslizan sobre el suelo, ocultas en una bota de raso ó en un zapato de tafilete ó de charol, asomando de vez en cuando, por entre los pliegues de un vestido, al atravesar una calle regada, ó al subir al estribo de un carruaje, y comprenderéis toda la verdad de mis palabras.

\*\*\*

El pie á que me refiero, era una obra maestra. En la parte superior tenía una curvatura modelada con una suavidad admirable; mientras que en la inferior, formaba una especie de arco que, comenzando en un talón fino y descarnado, debía acabar sin duda en unos dedos blancos y de color de rosa. Benvenuto Cellini le presintió, tal vez, al grabar su *Leda*, porque sólo en esta maravillosa medalla he encontrado una cosa parecida.

Pasado el primer momento de admiración, desde el pie alcé los ojos al rostro de su dueña. Era pálido, pero con la palidez de la azucena, y esta cualidad, unida á la del pie incomparable, bastó para que yo quedase enamorado.





amor y felicidad: me mecí en esos sueños de que, pasada la edad de la adolescencia, sólo nos queda un recuerdo.

Embellcido en estos encantadores pensamientos, de los que en más de una ocasión me hizo prescindir cierta expresión burlona que creí notar en una señora de cierta edad, acompañante de mi ídolo, transcurrió el resto de la representación — que yo hubiera querido que durase tanto como los dramas de la India, — y fué necesario abandonar aquellas gradas, para mí, verdadero paraíso.

Seguí la huella de aquel pie, que me pareció que dejaba una estela luminosa, como la nave en el sereno mar, y marché en pos de mis desconocidas, á cierta distancia, por yo no sé que calles; tan absorto estaba en mis amorosos deliquios.

La más joven de las dos, andaba con ese paso gracioso y juvenil, parecido al de una hada que apenas toca la tierra, y más de una vez su mano piadosa, levantando la falda del vestido, me permitió ver de nuevo su hechicero pie y el comienzo de una pierna fina y torneada.

Si ella me amase, pensaba yo, su amor templaría el fuego de mi imaginación que, á falta de pasto intelectual, se devora á sí misma, y apagando el ardor de mi sangre que me consume, encontraría el estímulo que necesito para conquistar el porvenir.

Al cabo de un rato, se detuvieron á la puerta de una casa; y cuando me adelanté para mendigar por vez postrera una mirada de mi ídolo, vi con gran asombro que la señora que la acompañaba, se dirigió hacia mí y me dijo...

¡Adiós, sueños de amor, esperanza de felicidad, pasión casta que por un momento reanimó mi corazón! ¡Huid, huid para siempre! Bellini os evocó con sus celestes melodías, y una mujer os desvaneció con estas prosaicas palabras:

—Ya sabe usted donde me he mudado. ¿Cuándo viene usted por casa á pagarme aquellos cuarenta duros que me debe?

¡Oh, prosa vil! Aquella mujer era una antigua patrona de huéspedes, olvidada en el caos de mis recuerdos.

E. DE LUSTONÓ



NOTAS DE ARTE. — ESTUDIOS FISONÓMICOS, por LUIS GRANER.

## MI TIA RAMONA

**B**UEN carácter tenía pera eso mi tía Ramona! Sí; que le fueran á ella con sensiblerías de chiquillos y estaba divertido el narrador!

A cada paso lo repetía, viniera ó no á cuento. — ¿Chiquillos yo? — decía; — antes me tirara por la ventana que soportar esa impertinencia con babas que otros creen don del cielo. Cuando Dios no me los ha dado, ya sabe lo que se ha hecho. El me perdone; pero... creo que los hubiera aborrecido horriblemente. Siempre se lo dije á mi Ginés (q. e. p. d.). «Es inútil que chilles ni te desesperes. No me convencerás nunca de la necesidad de un hijo. ¡Valiente felicidad tendríamos ahora, si estuvieran atronando la casa con sus gritos, tres ó cuatro arrapiezos que nos lo destrozaran todo y para los que nuestra fortuna sería un ochavo. No, pues lo que es á mí no me mareas. Si en esta casa llegara á ocurrir esa desgracia, yo te dejaba solo con el crío, y tú que lo quieres llévalo á cuestras.

El bueno de su esposo, mi pobre tío, murió sin haber logrado lo que tanto ambicionaba, y sin haber podido convencer á su cónyuge de que un matrimonio sin hijos es tan insípido como una comida sin sal. ¡Sí, sí! ¡Cualquiera convence á una mujer, si ésta se empeña en cerrar los oídos á toda reflexión!

Mi tía Ramona llegó pues á los cincuenta años sin haber sentido el más grande y avasallador de los afectos de la tierra; y lo que es más atroz aún, sin que nadie hubiera podido persuadirla de la horrible profanación que entrañaba su anómala repugnancia.

¡Vaya usted á ver, por qué serie de circunstancias se entró aquella mocosuela por las puertas de la casa de mi tía.

En el pueblo, todo el mundo sabía la historia, bastante sencilla por cierto, y yo la escuché cien veces, para satisfacer la admiración que me embargaba. En dos años que falté de aquel lugar ¡qué radical transformación en la casa de mi austera y egoísta tía!

He aquí la historia.

En una noche crudísima de invierno, á la hora en que todos dormían á pierna suelta, se oyeron golpes en la puerta principal, y una voz que, con acento desfallecido, pedía hospitalidad por Dios.

Mi tía que siempre tuvo un sueño ligerísimo, se despertó, prestando atención á aquella angustiada súplica; llamó á los criados, é inmediatamente que se abrió la puerta, una infeliz mujer, con el andrajoso ropaje hecho una sopa y cadavérico el semblante, se dejó caer en el umbral, sin conocimiento.

¡Noche de prueba aquella para mi tía! Tan regalona y amiga de no ser molestada como era, vióse precisada á correr por toda la casa, completamente aturdida, sin saber como socorrer á aquella desgraciada, cuyo estado delicadísimo requería rápido y pronto auxilio.

Ignorante en absoluto de cuanto en estos trances comunes, al par que terribles, se necesita, resolvió de plano, y mandó llamar al médico del pueblo, quien á las pocas horas certificó de la muerte de la infeliz mendiga, depositando en manos de mi escandalizada tía, una huerfanita de algunos minutos de edad.

Nadie pudo observarlo; pero yo me figuro la cara que pondría la hermana de mi padre, cuando se viera precisada á mecer y estrechar entre sus brazos, una de aquellas impertinencias con babas á las que tanto horror profesó siempre.

Pero aquí entra lo asombroso. Cuentan algunos criados, testigos de aquella terrible escena, que mientras mi tía se inclinaba curiosamente para ver, á la luz de una bujía, la cara de la recién nacida, ésta se volvió, en un movimiento de espasmo, cogió el errante dedo de la viuda, y por un instante lo retuvo con fuerza.

Mi tía puso una cara de asombro imposible de describir, y algo parecido al rubor asomó á sus enjutas y amarillentas mejillas. Permaneció en silencio, durante unos momentos, sin atreverse á respirar ni á variar de postura; y luego, ya fuese por el contacto de aquel algo vivo á quien alentó en su hora postrera aquel algo muerto, ó bien por una revolución de los sentimientos que hasta entonces desconociera, comenzó á estremecerla cierta idea. Recordó días de enfermedad y desconfianza; días de mortificante temor y frialdad espeluznante, en la vejez solitaria. Pensó en un sér que pudiera haber existido... ¡También ella pudo tener un hijo! y quizá Dios castigaría su aversión á ser madre... Sintió escalofríos. Los brazos que se extendían indiferentes en torno de la diminuta huérfana, comenzaron á temblar y á estrecharse;... y por último, con un impulso profundo, potente, de verdadera maternidad, prorrumpió en sollozos, atrajo hacia su seno á la niña una y otra vez, la colmó de besos (los primeros en su vida) y el hielo de aquel alma indiferente y egoísta, se deshizo en un torrente de lágrimas, las primeras también que vertía por aquellas impertinencias con babas á las que tenía declarada guerra sin cuartel.

Y ahí tienen ustedes á mi tía Ramona, jadeante detrás de la chiquilla, que ya corretea por la huerta, hecha un diablillo de bucles rubios y ojos de color de cielo, mientras ella repite á cada paso:

— ¡Ay, si mi Ginés (q. e. p. d.) viviera, cuán felices seríamos!

J. DE ALCÁNTARA FUENTES





DEL NATURAL. — ACUARELA DE JULIÁN POZO.

## EL CORONEL REVILLA

DE caballería y lo que se llama todo un caballero de otros tiempos. Severo y ordenancista, eso sí; pero cumplidor de la ley, jamás tirano. El soldado, para él, era hombre, no máquina; lo sabía por propia experiencia.

Los generales del imperio salieron de la tropa, y Napoleón no hubiera sido nada sin ellos, — decía él. Y estaba en lo cierto; los héroes suelen ser los soldados, y luego, la gloria... como todas las cosas.

Ya tenía su lado ridículo y alguna cualidad no muy aceptable; pero las buenas eran tantas... Más que nada era hombre de corazón.

Se quedó huérfano a los pocos años. Huérfano y pobre ¿qué había de ser? Trató de ganarse la vida con el trabajo honrado, y claro, como de costumbre, le explotaron. Quiso ser algo útil; quiso aprender un oficio; no le enseñaron nada y... lo dejó. Un aprendiz no es un criado. En España, esto no se ha sabido distinguir jamás. Falto de recursos... salió de Herodes y entró en Pilatos. Fué dependiente de un comercio; barrió la tienda y trató con criadas. Al fin se hartó, y un día, el más feliz de su vida, sentó plaza. Acertó.

Pronto fué cabo, y como no tenía familia, se encariñó con el ejército. Esto sería allá en 1855. En la campaña de Africa, donde se portó heroicamente, sacó dos galones y dos balazos.

Al revés que muchos, no se contentó con la rutina; se dedicó a estudiar á ratos perdidos — á ratos ganados — y adquirió la mayor parte de los conocimientos que se exigen á los oficiales de colegio. No parecía de cuchara. Naturalmente, había sido criado en una casa donde, á falta de grandes recursos, porque el padre era un modesto empleado — un empleado de aquellos á la antigua, — había en cambio honradez y vergüenza, y su padre supo inculcarle las ideas de pundonor que durante la vida le sirvieron de norma.

O'Donnell le protegió dándole una comisión de honra y provecho. Cosa extraña; fué á consecuencia de una cuestión personal en que se encontró mezclado un ayudante del general, según se dijo entonces; una cuestión que tuvo cierto eco: había faldas de por medio. El flaco de Revilla eran las mujeres; pero á su modo, con rarezas.

Pudo haberse hecho político, progresista, conforme se llamaba en aquella época; pero el coronel, como buen militar, siempre fué enemigo de políticos. Cuando *la gloriosa* se batió con Novaliches, porque aunque liberal en el fondo, nunca quiso pronunciarse. Y fué uno de tantos sacrificios que se impuso, pues, como tantos otros, creyó que aquella revolución sería algo; mas el deber era lo primero. Veían ustedes, lo que son los escrúpulos.

Yo le conocí en Madrid unos cuantos años después de la Restauración, hacia 1880. Entonces ya era coronel, había hecho la campaña del Norte y servido al mando de Concha.

Siempre recuerdo el primer día que nos conocimos. Fuí á comer en casa de los de Santi-Petri — una antigua relación de familia; — este buen señor hizo una de sus visitas periódicas. Visita de confianza. Había sido compañero de armas del esposo, entonces brigadier, y su carácter franco abreviaba cumplidos ridículos.

Simpatizamos desde el primer momento; ¡qué sé yo! corrientes misteriosas que enlazan dos caracteres en el punto y hora que se tratan.

Luego era hombre que agradaba al primer golpe. Fuerte como un roble, alto de cuerpo, ancho de hombros y esbelto de cintura.

En un momento, hizo la apología del soltero, con una voz varonil, con una de esas voces que saben imponerse en los regimientos. Y su voz le realzaba, que no hay nada más risible que un jefe con voz chillona ó atiplada.

Hablaba de Concha con ardor bélico y entusiasmo juvenil. Concha no era *él*, sino *ella*, una medio novia con quien pudo haberse casado siendo capitán; pero como el hombre puso los ojos altos, lo dejaron de infantería en cuanto quiso tocar al santo. Esta fué una herida que nunca llegó á cicatrizar. Por entonces tuvo el célebre desafío con su rival.

— ¿Comprende usted, me comprende usted bien, Cipriano? — decía á la de Santi-Petri — la culpa no fué de ella sino de su madre, ¡perral... que lo que es ella á mí sólo quería; ¡cuerno! que yo bien entiendo de mujeres.

Esas exclamaciones eran en él familiares y las soltaba en todas partes.

Durante algún tiempo, soñó al parecer en casarse con la viuda de Moya, una amiga de Cipriano; pero lo pensó y lo repensó... y al fin se calló. Ya se sabe, pensando el matrimonio es imposible que ningún ser racional se case.

Gustábele la de Moya, sí; pero pasada ya la edad de las pasiones acabó por no sentir por ella más que un afecto sincero y á la buena de Dios. Esto sin contar con que el coronel era tímido para el trato social de mujeres de posición.

Y por qué ocultarlo; aquel héroe que al frente de su escuadrón habría sabido vencer el frío del alma que se experimenta ante el horrible espectáculo de esos metrallazos descomunales dados de pleno y por vanguardia; en que vuelan por los aires miembros humanos y vienen á tierra en espantosa confusión jinetes y caballos; aquel hombre todo corazón, enamorado de verdad una sola vez en su vida — por ridículo, por increíble que parezca, — no supo conquistar ni en sus mejores tiempos más que zafias maritornes.

Y, sin embargo, nunca pudo resistir que nadie supiera más que él en el trato femenino. ¿Por qué fatalidad los hombres que tienen algo grande — sea lo que sea, — pero que no les cabe en el cuerpo, el valor heroico, el genio creador, la abnegación sublime, el amor vehemente, suelen estar desprovistos de las aptitudes mujeriegas?

¡Pobre Revilla! ¡Qué muerte tuvo! Aquel valiente, que muriendo en campaña, habría muerto con gloria, vino á morir de un balazo, obscuramente, y en un mal callejón.

Durante un invierno en que se encontraba delicado, pidió licencia para una de nuestras ciudades del mediodía. — ¿Qué ocurrió á poco?

Contábase lo siguiente: entró un campesino en casa de un armero que vivía en una calle estrecha, á que le arreglasen una escopeta.

— ¿Está descargada? — preguntó el armero viendo que no tenía el pistón.

— Sí, señor; — respondió el campesino.

Puso aquél la escopeta en el banco y comenzó á destornillar la chumeneá. En esto salió el tiro... y un transeunte, que tuvo la suerte de pasar en aquel momento, recibió la bala en el corazón quedando muerto en el acto. ¡¡Era Revilla!!

F. CORREA



# LA CUMBRE SANTA

POEMA

I

Soberbio mirador de Cataluña  
Es la montaña al Pirineo próxima:  
Tiene franjas de pinos y castaños,  
Hondos fruncidos de tajantes rocas,  
Y, en la *Cumbre*, vecina de los rayos,  
Donde el águila audaz á veces posa,  
Una pequeña casa de labranza  
Con techo agudo y con paredes rojas.

El pedrisco, los rayos y las nieves,  
Del edificio hicieron una choza  
Donde viven dos seres, dos ancianos  
Débiles, mustios cual caídas hojas  
Que en vano resistir quieren al viento  
Del infortunio, cuando airado sopla.

Su Heredero, murió; cabe la ermita  
Del valle aquél, amortajado en sombras,  
Está su cruz, oblicua, como mástil  
Resistente, surgiendo de las olas.

Él fué el sostén de los enfermos padres;  
Su brazo firme y voluntad indómita  
Cubrieron de mesetas las vertientes,  
La tierra estéril convirtiendo en pródiga;  
Purgaron de reptiles y alimañas  
Del pie del monte las tupidas frondas,  
Y, por aves y brutos reemplazándoles,  
Siempre amigos del hombre y su custodia,  
Centuplicados rapidez y fuerza,  
Instinto y vigilancia, tuvo su obra.

La fama del honrado y laborioso  
Salvó distancias, ocupó memorias;  
La *pubilla* (1) mas rica y más garrida  
Que á diez leguas existe á la redonda,  
Sintió inflamarse el corazón de amores  
Por el *heréu* cuya energía asombra,  
Parco en hablar, en el trabajo pródigo,  
De alma prudente, astuta, previsora,  
Ante la cual estréllase el peligro  
Y muestran los obstáculos su incógnita.

Casar debieron al llegar la Pascua;  
Sególe al joven la Guadña corva  
Poco antes de que al tálamo subiera...  
Siete meses el hoyo en que reposa  
Está cubierto por la nieve helada...  
— ¡En menos tiempo le olvidó su novia!

II

Minados por la negra pesadumbre,  
Los Viejos, cuyas fuerzas ya eran pocas,  
Inválidos parecen vacilantes:  
¡Tienen por perspectiva la limosna!  
Las azadas, las palas y los picos,  
Casi resbalan en sus manos flojas;  
Falto de riego languidece el huerto;  
La vid y el trigo púdnense por sobra  
De humedad. La nevada ó las escarchas  
El útil pasto á los ganados roban;  
Y, en el surco de ayer, no renovado,  
Cardos y hortigas, larvas y babosas,  
El imperio perdido recuperan  
Creciendo en número ó salvaje pompa.

Disputa al hombre la hortaliza enferma  
La gruesa hormiga, la voraz langosta;  
Hambre tienen los perros y se mueren;  
En las noches de invierno, y á altas horas,  
Fosforecen los ojos de los lobos  
Tras las rendijas de la puerta rota...

¿Qué le queda al almiar? Un palo escueto,  
En cuya punta, agujereada una olla,  
Ya no tendrá más pájaros cantores...  
Para anunciar el alba no hay alondras,  
Ni gallos, ni el alegre caramillo  
Del pastor-niño, al conducir su tropa  
En busca de alimento que se esconde  
Bajo matas de helecho con aljófar!  
Aquí hay llanto no más, mortal tristeza...

(1) En Cataluña equivale á *heredera*, la hija que, en ausencia de hermano varón (*heréu*), todo lo hereda.



« ¡Nos moriremos!... » una noche lóbrega  
Y fría, como nunca, á su marido  
Temblando dice la mujer medrosa.  
« Las nieves van á hundir esta techumbre,  
La leña almacenada ya se agota...  
Sin calor y sin pan... ¿Qué nos aguarda?  
¡No hay nadie que nos vea ni nos oiga!  
¿Por qué, Señor, nos has abandonado?...  
¡Extiende tu piedad sobre este Gólgota!»

III

Suena el clarín; es el clarín de guerra,  
De la guerra civil, feroz y loca:  
La barbarie que vuelve con sus crímenes,  
Su sangre, sus incendios y sus cóleras,  
Sus violaciones lúbricas y olientes,  
Sus despojos vandálicos ó hipócritas.  
Es que la Patria, dividida en bandos,  
Que altos principios de justicia invocan,  
Por sus hijos se ve despedazada...  
¿Qué más hicieran extranjeras hordas?  
Al sitio donde se hallan los Ancianos  
No llega ni un rumor de la discordia...  
¡Tan alto está y tan lejos de los hombres!

Empero, mientras una noche óran  
Al Hacedor, su protección pidiéndole,  
Entre gritos de mando y de congoja  
Vibra la puerta herida por la aldaba.  
Abren: ven, á la luz de las antorchas,  
Acémilas y carros, y, sobre ellos,  
Mal envueltos con manta ó tapabocas,  
Número tal de heridos que consterna.  
Quebrada la color, pardas las órbitas,  
Afónica la voz, lacios los músculos,  
Por manchas que á las vendas acartonan  
Denotado el encono de la herida...  
Respiraciones galopantes, roncadas  
Las más; la plegaria y la blasfemia;  
La confesión pedida sin demora;  
El grito de venganza para un día;  
El llanto que á torrentes se desborda;  
Un mundo de dolor, otro de miedo...  
¡Los Viejos ese cuadro ven y tocan!  
— ¿Qué queréis? — dice el hombre.

— Vuestra casa, —

Contesta un cabecilla de áurea borla,  
— Será desde hoy nuestro *Hospital de sangre*;  
Ningún daño con esto se os irroga;  
Veréis, por el contrario, cómo crece  
Este edificio y solidez recobra.  
Decid si os place abandonar el puesto  
O continuar en él, buenas personas;  
Si lo primero, al punto os indemnizo,

Mas, si tenéis, cual yo, misericordia  
De los pobres heridos, secundados:  
Junto á la cama del que gime ó llora  
Es, todo anciano, sacerdote ó médico...  
¡Mi rey paga con oro, Dios con gloria! —

IV

¡Sublime Caridad, hija del Cielo!  
De los furores de la lucha hórrida  
Merced á ti esta cima se ha librado;  
En tu casa las fieras se transforman:  
¡Cada labio de herida que se cierra  
Abre, para el amor, los de la boca!  
¡Facciosos y soldados son hermanos  
Cuando el jergón comparten ó la pócima!

Dos ángeles les velan y les cuidan:  
¡Son los Ancianos!... El Señor redobla,  
En provecho del prójimo, sus fuerzas.  
Doquiera están con prontitud pasmosa,  
Y, su cuidado y curativo acierto,  
Arrancan de los pechos una nota,  
Un grito, una palabra agradecida:  
La voz de ¡padres! cada vez que asoman  
Por las dolientes salas, llena el ámbito...  
— ¡Párecelos, que su hijo, allí, les nombra!

Les sirve de consuelo el que prodigan;  
Sus bellos actos Cataluña elogia,  
Y son, las tristes gentes de otros días,  
Rodeadas hoy de celestial aureola,  
Dos santos para todos los partidos  
Que en su casa-hospital besan y adoran.

V

Hace la guerra su bestial estrago:  
Taladra pechos, músculos destroza,  
Huesos quebranta, vela las retinas,  
Llena la piel de máculas y escrófulas:



Sus ríos de miseria al monte suben  
Atropellados por la incierta trocha,  
Buscando curación... — Dios la concede  
A los más, otros bajan á la fosa.

Pasa el tiempo, sucedense los años:  
Todo tiene su término y se borra:  
¡Hasta del hombre criminal la furia  
Cuando impone con sables y con pólvora  
La política idea que le obceca!  
De tarde en tarde las partidas chocan;  
Hay treguas, deserciones, componendas:  
El profanado olivo que retoña  
Tiene aurífero abono centelleante...  
¡Nunca es cara la paz que vidas ahorra!

## VI

Quedan pocos heridos en las salas  
No hace mucho incapaces y pletóricas.  
No sube nadie... Lentamente bajan  
Los últimos al llano con el rosa  
De la salud pintada en la mejilla...

El sacerdote su *Te-Deum* entona;  
Reanuda su labor el campesino;  
El carro cruje, al peso que le agobia;  
Los derribados postes del telégrafo,  
A la voz del trabajo vigorosa  
Se levantan del suelo como Lázaros,  
Y por sus hilos hablan y razonan.  
La chimenea se empenacha de humo;  
Avanza la veloz locomotora;  
No le cierran el paso los fanáticos:  
El pueblo quitase en su honor la gorra.  
¡Empieza el reino de la paz... — ¡Que sea  
La página mejor de nuestra Historia!

## VII

Queda en la casa un hombre misterioso;  
Los bordados de plata que se enroscan  
En la raída y sucia bocamanga,  
Indican el empleo de que goza.  
Es joven, pero lleva surcos hondos  
En la pálida faz; ahora recobra  
El perdido vigor su cuerpo enfermo.  
Divaga su mirada sin aurora  
En la noche terrible de la duda...  
Leal á la causa que otros abandonan  
Lanzóse á combatir, todo dejándolo,  
Fortuna, porvenir, hijos, esposa:  
A manos del incendio y del ultraje  
Riquezas acabaron, vida y honra.  
¡Está solo en el mundo! Ni siquiera  
Guarda la fe de ayer... porque no ödia.  
La realidad y el frío desengaño  
Tienen para él una elocuencia sorda;

La soledad le invita y el trabajo  
Arduo, pesado, que á los viejos postra:  
¡Inútil para sí, le necesitan  
Dos desdichados cuyas manos toscas  
Curaron las heridas de su pecho!...

Con decisión ascética se arroja  
Una tarde á sus plantas; les abraza,  
Les besa; el llanto de sus ojos brota:  
No queda en el sagrario de su alma  
Secreto que los Viejos no conozcan.  
Confiesa sus errores y pecados,  
Sus inmensas desdichas y zozobras,  
Con lealtad y fervor de penitente  
En el lecho de muerte; porque toda  
Su voluntad en perecer estriba  
Para el mundo y su gente bulliciosa.  
¡Del alma en el naufragio, deja el traje,  
Y hasta el nombre y la luz de la memoria!  
Será el *payés* (1) de barretina cárdena,  
De burdo pantalón que espinas rozan;  
Mojará su camisa remendada  
Entre la nieve y la pesada atmósfera

Con sudor mitad sangre, mitad agua...  
¡Lo merecen los padres que él adopta,  
Las ovejas de Cristo amenazadas  
por el hambre, la sed, el frío, solas!

## VIII

No subáis á la *Cumbre* sin respeto;  
El ermitaño de tálares ropas,  
De escualida figura y luenga barba  
Que jadeante en el bastón se apoya;  
Ese que os da su pan, su agua, su lecho,  
Llevó á morir, de su salud á costa,  
Entre palmas y flores dos ancianos:  
Las espinas tomó, dejó las rosas.  
Es un alma gigante, que sacude  
con la oración la carne pecadora,  
para ganar el Cielo...

— Solo un paso  
hay de la *Cumbre* á la celeste bóveda.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

(1) *Payés*, en catalán: el labrador ó agricultor.



## ANGEL CAIDO

HABÍAMOS estado hablando en Fornos hasta la una de la madrugada, ocupándonos de una enferma que teníamos en la clínica de San Carlos, y que presentaba, á cada momento, fenómenos tan raros, que hasta nuestros mismos profesores estaban asombrados.



A la hora ante dicha, se levantó la sesión, y cada uno de nosotros emprendió el camino de su casa.

La mía estaba en la calle del Pez.

Nunca me había retirado tan tarde, y apreté el paso; porque mi pobre madre no se habría acostado todavía: esperando, como de costumbre, mi regreso.

La noche era horriblemente fría.

Apenas si se veía por la calle más que alguno que

otro trasnochador, como yo; y éstos, tapándose perfectamente y andando muy deprisa.

De pronto, y cuando iba á doblar la calle de la Puebla, para entrar en la del Pez, me pareció ver algo que se removía en el quicio de la puerta de San Antonio de los Portugueses.

Detuve el paso, me aproximé, y como el farol de la esquina arrojaba toda su luz sobre la puerta, pude ver que aquello que llamó mi atención era una criatura.

Criatura harapienta, mal envuelta en un retazo de pañuelo; que tenía apoyada la cabeza en la puerta de la iglesia, y tiritaba sobre la dura piedra.

No sé por qué, me olvidé del frío que yo sentía, pensando en el de aquella pequeña, cuyo rostro de ángel parecía dirigirse al cielo, formulando lastimera queja, por la inmensa soledad en que se encontraba en la tierra.

Y la chiquilla era preciosa.

Su revuelta y enmarañada cabellera, parecía formar nimbo angelical, en derredor de su cabeza.

Quizás al dormirse, llorando de frío y de hambre, una lágrima había quedado entre sus rubias pestañas; lágrima diáfana y transparente que, herida por la luz del farol de la esquina, se asemejaba á una perla, sostenida por dos hilos de oro.

— ¡Pobre criaturita! — me dije al verla. — ¡Quién sabe si mañana, tendrá que ser conducida, desde la puerta de esta iglesia, á la sala del hospital!

Y pasando á otro orden de ideas, añadí:

— ¡Es posible que haya padres que de tal modo abandonen á sus hijos!

Casi maquinalmente, toqué en el hombro á la mendiga, que se despertó sobresaltada, y que creyéndome, sin duda, un agente de policía, exclamó con su voz de ángel:

— Ya me marchaba al Asilo; pero estaba tan cansada... que me senté aquí y me quedé dormida.







A D<sup>a</sup> Agustina Jaumandreu de Rosich.**LA PATATÚS**

BAILE TÍPICO PARA PIANO.

Tempo Moderato.

por Emilio Sabaté Parellada.

Ob: 5.

PIANO.

The first system of musical notation for the piano piece 'LA PATATÚS'. It consists of a grand staff with a treble and bass clef. The key signature has two flats (B-flat and E-flat), and the time signature is 2/4. The music begins with a forte (ff) dynamic and features several accents (^) over the notes. The melody in the treble clef is characterized by eighth-note patterns, while the bass clef provides a steady accompaniment of eighth notes.

The second system of musical notation, continuing the piece. It maintains the 2/4 time signature and two-flat key signature. The melody continues with eighth-note patterns, and the bass line remains consistent with the previous system.

The third system of musical notation. It includes a section with a forte (ff) dynamic and a section with a piano (p) dynamic. The melody and bass line continue their respective patterns, with some variations in the bass line's accompaniment.

The fourth system of musical notation. It features a section with a forte (f) dynamic and a section with a piano (p) dynamic. The melody and bass line continue their respective patterns, with some variations in the bass line's accompaniment.

The fifth system of musical notation, concluding the piece. It features a section with a forte (f) dynamic and a section with a piano (p) dynamic. The melody and bass line continue their respective patterns, with some variations in the bass line's accompaniment.



This page contains six systems of musical notation for a piano piece. The notation is written for a grand piano, with a treble and bass staff joined by a brace on the left. The key signature is B-flat major (two flats). The time signature is not explicitly shown but appears to be 2/4 based on the note values. The systems are as follows:

- System 1:** Features a melody in the treble staff with accents (^) and a triplet of eighth notes. The bass staff has chords and a dynamic marking of *ff* (fortissimo).
- System 2:** The treble staff has a melody with eighth notes. The bass staff has a steady accompaniment of eighth notes, marked *staccato.*
- System 3:** The treble staff has a melody with accents (^). The bass staff has chords and a dynamic marking of *ff*.
- System 4:** The treble staff has a melody with eighth notes. The bass staff has a steady accompaniment of eighth notes.
- System 5:** The treble staff has a melody with accents (^). The bass staff has chords and a dynamic marking of *ff*.
- System 6:** The treble staff has a melody with accents (^). The bass staff has chords and a dynamic marking of *mf* (mezzo-forte).



First system of musical notation, piano score. It consists of two staves, treble and bass. The key signature has two flats (B-flat and E-flat). The music features complex chords and arpeggios. Dynamics include *ff* (fortissimo) and *p* (piano). There are also accents (^) and a triplet of eighth notes in the right hand.

Second system of musical notation, piano score. It continues the piece with similar complex textures. Dynamics include *ff* and *p*. The system ends with the instruction "D. C. y sigue." (Da Capo and continues).

Third system of musical notation, piano score. It begins with the word "FIN." (Finis). The system is marked with *ff* and *p*. The time signature changes to 2/4. The music concludes with a final chord.

Fourth system of musical notation, piano score. It continues the piece with a steady eighth-note melody in the right hand and chords in the left hand.

Fifth system of musical notation, piano score. It concludes the piece with a final chord marked *ff*.

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



— No, hija mía, — la dije, — no soy de la policía. Te he despertado, porque el frío puede hacerte daño.

— ¡Ca! no, señor. ¡Tantas noches duermo así!

— ¿Tienes padres?

— La tía Tomasa; quien me dice que la llame madre cuando vamos las dos á pedir limosna.

— ¿Y por qué no te has ido á tu casa, con esa mujer?

— Porque me pega y no me da de comer cuando no le llevo dos pesetas. Hoy he tenido mal día; no he recogido más que cinco perros grandes y seis chicos.

— ¿Quieres venirte conmigo?

— la dije, profundamente conmovido.

— ¿Dónde, caballero? — preguntó la niña, sobresaltada y poniéndose en pie.

— A mi casa, hija mía; donde mi madre, que es una señora muy buena y muy cariñosa, te dará de cenar, y tendrás una cama blanda y caliente. La de mi pobre hermanita, muerta hace dos años, y que tendría tu edad poco más ó menos.

— Pero, y mañana, ¿podré ir á pedir limosna, para reunir las dos pesetas de la tía Tomasa?

— Sí, mujer, — repuse sonriendo; yo te daré lo que te falte.

— Pues vamos donde usted quiera.

Y la pequeña se arrebujó en su pedazo de pañuelo, echando á andar á mi lado, con esa confianza ciega de la niñez.

Mi madre acogió á la pobre-cita con aquella bondad que era su nota-característica.

El mismo cuartito que había ocupado mi pobre hermana, sirvió para albergar á la infantil mendiga.

La muerte había dejado vacía la jaula donde acababa de cobijarse la vida.

Merced á la piedad de mi madre, los harapos de la pobre muchacha se trocaron en vestidos humildes, pero limpios.

La hizo que se lavase perfectamente, y la transformación de la niña fué completa.

La angelical belleza de Consuelo, que así dijo llamarse la mendiga, se ostentaba entonces en toda su dulcísima esplendor.

¿Quién era Consuelo?

Ella misma no lo sabía.

Lirio entre zarzas, cuando por primera vez entreabrió los labios, para sonreír, sintió la primera punzada del dolor.

Y la risa se trocó en llanto.

Fué creciendo, como crecen los hongos, con la humedad de la tierra. Ella creció con la humedad de las lágrimas.

Su historia, era la millonésima edición de esa historia universal, en que el hombre usurpa su papel á la serpiente del Paraíso, para perder á la mujer.

La madre de Consuelo fué una pobre menestrala, bella y sola.

La serpiente con levita y sombrero de copa, se cruzó en su camino.

Despertó su corazón dormido; creyó palabras falaces y promesas seductoras de placeres desconocidos, cayendo en el peor de los sueños; en el de la credulidad.

Cuando despertó, se volvió á ver sola y bella; pero la blanca azucena de la pureza se había transformado en la marchita rosa del deshonor.

Por eso, hemos dicho que nació Consuelo entre lágrimas, se nutrió con ellas, y como extraño contraste de la suerte, pudo sonreír cuando tantos suelen llorar.

Cuando murió su madre y la llevaron al hospicio, al verse entre tantas otras niñas tan desdichadas como ella, sonrió con sus juegos, y á su vez, jugó también; ella que al lado de su madre, no había visto más que llanto y amargura.

Dos años pasó en el hospicio. Al cabo de ellos, la sacó una pobre mujer, la Tomasa; necesitaba tener una criatura que le ayudase á explotar los buenos sentimientos de la multitud.

Del santo Asilo fué transportada Consuelo al arroyo.

La perla se hundió en el lodo; pero aun nutriéndose con él, fué aumentando su belleza.

También de barro se forman esas preciosas figuras que tanto admiramos en los grandes salones.

Como la materia es quebradiza, un criado imprudente ó una camarera curiosa, deja caer la preciosa figura... y la hace mil pedazos.

Del mismo modo, Consuelo, perla formada en el lodazal, estaba destinada, sin duda, á que la curiosidad ó la infamia empañasen la nitidez de su pureza.

Mi madre quiso que la niña viniese una vez á la semana á vernos, y al efecto, habló con Tomasa, á quien hizo algunas limosnas.

Por espacio de dos años, Consuelo, apenas dejó pasar los siete días, sin presentarse en casa.

Después, cesaron de repente sus visitas.



Trató de averiguar la causa mi madre, y supo que Tomasa y la niña se habían marchado de Madrid.

¿Dónde? Nadie supo decírselo.

¡Pregúntese al viento dónde lleva las hojas que recoge en su torbellino!

Había yo terminado mi carrera, y tenía bastante clientela.

Estuve acertado en algunas enfermedades, y mi nombre se citaba con elogios que más demostraban la bondad de mis enfermos que mis propios merecimientos.

Mi madre había muerto hacía dos años, y en mi hogar existía un vacío difícil de llenar.

Cierta noche, me llamaron con urgencia, para visitar á una enferma.

Cumpliendo con mi deber, aun cuando la estación era muy fría y no me sentía del todo bien, fui á la casa que se me indicaba.

Lindo hotel en el barrio de Argüelles; servidumbre reducida, pero discreta; landó y berlina en la cochera; tronco de tiro y caballo de silla en la cuadra; alfombra en la escalera y en los salones; esculturas, cristales preciosos y bibelots en los muebles; y sobre blando lecho, en habitación suavemente caldeada, una mujer joven, hermosa.

Tal fué lo que pude apreciar en el sitio á donde se me llamaba.

La tenue claridad de la lámpara que alumbraba la estancia, no me permitió ver al primer momento el semblante de la enferma.

Pedí luz, la aproximé al rostro de la paciente... y no pude por menos que lanzar una exclamación de asombro.

Aquel bosque de cabellos rubios, aquellos ojos azules de largas pestañas, aquella boca diminuta, me eran muy conocidos; los había visto años antes.

— ¡Consuelo! — exclamé, sin poderme contener.

La enferma se incorporó ligeramente; fijó en mí su mirada... y después se dejó caer sobre la almohada, escondido el rostro entre los encajes de la sábana, y murmurando:

— ¡Dios mío! ¡Usted!

La camarera que me había introducido en el aposento, se retiró discretamente. No sé por qué, á pesar de la tibia atmósfera que reinaba allí, y del lujo que me rodeaba, sentí un frío extraordinario.

El mismo que me causó la vista de la pequeñuela, acurrucada en el quicio de la puerta de San Antonio de los Portugueses.

La Tomasa había adivinado en la crisálida, el partido que podía sacar de la mariposa.

Se la llevó de Madrid, para evitar que mi madre contrariase sus propósitos.

Se fué á Valencia, y allí pasaron algún tiempo.

Pero, sino pudo realizar la iniquidad proyectada, dejó sembrada la semilla que debía fructificar más tarde.

Murió, cuando Consuelo acababa de cumplir los quince años.

La pobre criatura que hasta entonces, aun en medio del barro, vivió sin mancharse, trató de continuar lo mismo.

Buscó trabajo, se puso á servir... mas, carecía de hábitos para ello; la existencia vagamunda que llevara, había echado raíces en su pecho; el lodo atrae al lodo, y con mayor razón, cuando existe un espejo que reproduce la belleza y unos labios aduladores que se encargan de ratificarla.

Consuelo necesitaba quien la hubiera sostenido; pero no encontró sino quien la empujara hacia el abismo.

Vió las rosas que se la ofrecían, y no se apercibió de las espinas, hasta que dejó enganchados en ellas los jirones del blanco cendal de su pureza.

La condujeron al lodazal, y no tuvo más remedio que revolcarse en el cieno.

¡Siempre la misma historia, desconsoladora, eterna!

El hombre tendiendo á la mujer la mano, para ayudarla á caer.

La serpiente del Paraíso, de lengua suave, que envenena y produce la muerte.

Consuelo tuvo un amante, y luego otro... y, en breve espacio, hizo gran carrera.

Cuando yo la asistí, era la íntima amiga de un banquero, el cual se la había quitado á un marqués... que ya no podía pagar los gastos que le ocasionaba.

— ¡Pobre Consuelo! — exclamé, al conocer su caída.

— ¿Y qué hago ahora? — me preguntó, con angustiado acento, cuando hubo terminado. — No sé nada, no puedo trabajar, no podría vivir; no me admitirían en ninguna casa honrada. ¿Dónde dirigirme?

No supe qué contestarla.

Conocía muchas manchas sociales como la suya; y precisamente las personas que las llevaban encima eran las primeras en escandalizarse de las ajenas.



Porque no hay nada más intransigente, para con el vicio forzoso, que el vicio voluntario, oculto bajo el manto de la hipocresía.

La indisposición de Consuelo, carecía de importancia, y desapareció pronto.

Ya no volví á verla.

Supe que había marchado á París, poco después, con un agregado á la embajada inglesa.

Pasaron otros cinco ó seis años.

Alguna vez pensé en la pobre pequeñuela, tan cariñosamente acogida por mi madre; pero no pude averiguar su paradero.

Nunca dice el viento á dónde se lleva los átomos que recoge en sus caprichosos giros.

El hogar vacío por la muerte de mi madre, le llené con una mujer tan buena esposa como ella lo había sido, y tan cariñosa madre como ella lo fué para mí.

Tres años hacía ya que era yo médico del Hospital General.

Tenía á mi cargo la sala de tuberculosos.

Al girar un día la visita de la mañana, me dijo el practicante que la noche anterior habían llevado una pobre mujer, en el último grado de tisis.

Me acerqué á la cama que, por una extraña coincidencia, estaba frente á una de las ventanas de la sala.

El sol entraba por los cristales, y bañaba con sus rayos todo aquel espacio.

La enferma dormitaba.

Al verla, no pude reprimir una exclamación de profundo dolor.

— ¡Consuelo! — dije, como años antes, al encontrarla en el apogeo de su gloria.

Sin duda, como cuando la vi por vez primera en los albores de su vida, algún doloroso recuerdo debía amargar su pensamiento, al dormirse, porque entre sus pestañas oscilaba también una lágrima.

Y el rayo del sol, al quebrarse en ella, tan turbia la encontró, que apenas si la hizo brillar.

Despertando bruscamente, Consuelo me reconoció á su vez.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó con un acento que expresaba todo lo inmenso de su dolor. — ¡También usted, ahora!

— ¡Pobre Consuelo! — dije.

Y traté de cumplir con mi deber.

Desgraciadamente, la ciencia nada podía hacer por ella.

Era una muerta que hablaba; pero nada más.

El barro iba á convertirse en ceniza.



Del lujoso landó que la paseara en la Fuente Castellana, iba á parar al pobre coche fúnebre de los muertos en el hospital.

— ¡Pobre Consuelo!

Tropecé con ella en las tres épocas solemnes de su vida.

En la aurora, en el cénit y en el ocaso.

Angel, la conocí; la vi, mujer, sobre el pedestal del vicio; y cadáver yerto, la acompañé al cementerio.

RAFAEL DEL CASTILLO



No porque en realidad acuse pretensión alguna por parte de su autor, sino como nota típica y atendiendo á lo mucho que se ha generalizado en los balnearios y demás centros veraniegos, regalamos hoy á nuestros suscriptores la música para piano del popular baile *La Patatús*; compuesta por Emilio Sabaté Parellada, ilustrada por el distinguido pintor Félix Mestres y dedicada á doña Agustina Jaumandreu, esposa de nuestro buen amigo y compañero, el conocido fabricante don Antonio Rosich, concejal en la actualidad del municipio barcelonés.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

EN PAZ Y EN GUERRA. — *Poesías de Francisco Gras y Elías*. — La circunstancia de contarse el autor entre nuestros particulares amigos y colaboradores, hace que omitamos todo juicio sobre su última colección de versos, limitándonos á acusar recibo de un ejemplar. El público juzgará de su mérito; como también de la pulcritud y gusto con que se trabaja en la tipografía de don Fidel Giró, de lo que ya han podido convencerse los lectores de ALBUM SALÓN.

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA. *Consejos útiles para su conservación; por el médico-cirujano-especialista José Boniquet*. — Es una obra de suma utilidad, y que revela la mucha inteligencia y práctica de dicho señor.

Forma un manuable y bonito tomo, con profusión de grabados y esmeradamente impreso en la tipografía de Tobella, Costa y Piñol, « La Publicidad ». Véndese en las principales librerías y en el domicilio del autor, Pelayo, 54, pral.

El joven compositor don P. Astort, ha tenido la galantería de remitirnos tres composiciones para canto y piano, con palabras italianas. *Abbandono* se titula la primera de dichas melodías, siendo las restantes *Canzone ignota* y *Tu sei lontana*.

Las tres obras poseen elegancia, inspiración y estilo, cualidades que recomiendan mucho á su autor; y están editadas por don Rafael Guardia, de esta ciudad.

#### SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Román Ribera.

¡En ridículo! Caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Mercedes Rigalt*. Retrato, y artículo de Agustín Salvans.

*Noticias frescas*. Cuadro de M. Villegas.

¡Sálvese el que pueda! Cuadro de A. Más y Fontdevila.

¡Éxtasis! Cuadro de Clapés.

PÁGINAS EN NEGRO: *Recuerdos de la Manigua*. Artículo de Alejandro Saint-Aubin, ilustrado por su autor.

*La procesión del lugar*. Cuento, por Luis Vega-Rey.

*La Risa*. Artículo de Antonio S. Briceño.

*Notas artísticas*. Dibujo de Ricardo Urgell.

*Las turcas*. Impresiones de viaje; por José Ramón Mélida.

*Don Eusebio Güell y Bacigalupi*. Retrato, vistas fotográficas de su casa-palacio en Barcelona, y apuntes para su biografía, por Salvador Carrera.

*El linaje*. Cuento de Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de A. Coll.

*Madrid elegante*. Crónica; por Montecristo.

*Retrato del Mtro. Salvador Giner*. (Valencia).

MOSAICO.

REGALO. Romanza de la ópera *Sagunto*, del Mtro. Salvador Giner; letra de Luis Cebrián.

*Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.*

Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.